El libro del cuerpo

Palacio Rojo (Antonio Palacios Rojo)

El libro del cuerpo consiste en una obra para dos intérpretes que tiene lugar en la intimidad del espacio compartido por los amantes. En él se indica cómo tener el amor en 113 pasos. Cada paso es un párrafo. Puedes seguirlos en el orden que desees y ponerlos en práctica cuando sea posible.

Si amas un cuerpo de hombre

Estás atrapada en una jaula sin compañero de celda. No tienes familia. Estás tan sola. Acércate al espejo. Enfrente ves a tu hija. Por un momento, te olvidas de que se trata de tu reflejo. Dejas que tu mirada vague en círculos. Al estar en compañía de varios cuerpos, recuerda que son reflejos de espejos.

Ante el espejo, estudia tu cuerpo hasta que te parezca un ser extraño. Tu mirada es una flecha que se clava en los pliegues ocultos de tu hechura. No reconozcas tu reflejo, piensa que es otra persona que te gustaría conocer.

Un dedo entre los labios

un labio

Un dedo entra

un labio

Mira la comida en el plato. Los ingredientes que utilizaste se cocieron hasta convertirse en la sustancia de tu alimento. Siguen ahí, pero de otra forma. Así se mezclan mente y cuerpo. Somos cuerpo: una manera de hablar, de caminar, de mover las manos. Lo que pensamos, lo hacemos. Observa cómo tu espíritu

se manifiesta a través de los brazos, de las piernas y de los ojos. Tu espíritu no está fuera de la carne.

Si quieres una imagen de tu espíritu, graba con tu cámara varias escenas. En una de ellas, te retuerces de dolor; en otra, bailas; en otra, besas. Al final, tendrás el retrato de tu alma. La figura en la pantalla te parecerá una extraña, como si alguien muy parecida a ti te imitara. Y es que, la imagen que tienes de ti suele ser una exageración, como el sol frente a la luna.

Acuérdate de los hombres que tuviste y de los que quisiste tener. Enciérralos en el cuarto de tu imaginación. Sólo tú puedes traspasar la pequeña entrada. Todos tienen un mismo aire, como si formaran parte de una extraña familia. Aunque no lo parezca, hay algo que los une.

No entendemos nuestra propia historia. Como un desmemoriado que apenas recuerda su pasado, no podemos contar lo que nos pasa. Pídele que te cuente algo que os haya ocurrido. Escucha atenta y pronto verás completada tu historia desde el otro lado. Verás mejor lo que le pasó a tu personaje. Si no lo haces, matarás una parte importante de tu corazón al mirar hacia atrás con los ojos entrecerrados.

Al cruzar las piernas, siente la necesidad de estar con otros, de buscar otra mitad igual a ti, para enlazar tus miembros con los suyos hasta formar parte de un conjunto. Como tus piernas lo están ahora.

Frota tu cuerpo contra el suyo cuando él se frote las palmas como si quisiera calentarse.

Toma prestada la foto de un desconocido. Vivo o muerto, no importa. Intenta adivinar quién es, o fue, solamente con mirar su rostro, sus ojos, su figura. Enamórate de él.

No te conformes con la fotografía de tu amado, ni con la imagen de su cuerpo desnudo. Es como mirar un cadáver lejano que no se mueve, ni se oye, ni huele. Porque, así, él no está contigo, aunque te lo parezca. No le grabes para luego verle a solas. El vídeo imitará fiel tu objeto de deseo, pero él nunca

estará al alcance de tus manos. Como si intentaras abrazar a un fantasma, odiarás ver su imagen y no poder tocarlo.

Tu imaginación debe ser tan poderosa como la de la infancia. Siente cómo su recuerdo nace en tu corazón y sigue hasta tu mente hasta proyectarse por tu frente. Ahora su recuerdo se ha moldeado como una estatua viva, aparece ante ti con todo detalle.

Abre su armario y huele sus ropas. Ponlas sobre tu pecho y pasa tus manos sobre ellas. Recuerda cómo cubrían su cuerpo. Al igual que su figura te cubría en el abrazo, ahora así te cubre su ropa. Deja sobre la cama su camisa, su pantalón, su ropa interior. Su cuerpo vuelve a llenar los pliegues vacíos de la ropa. Acerca tu mano a su camisa. Su corazón está detrás de la tela, oyes su respiración. Ahí está el ser amado, encarnado en las ropas. Las vestiduras son parte de su cuerpo, piel que esconde otra piel. Y cuando le desnudes, debes tener cuidado, le estás quitando la piel a tiras.

Su cuerpo te dará pistas sobre quién es él. Sus secretos se le escapan a cada paso que da. Cada postura, cada movimiento, lo delata. Sus rasgos te escriben, te revelan un mensaje a descifrar. Cómo tiene el pecho, si lo tiene ancho o estrecho, te indicará lo que esconde dentro. No te fijes en sus palabras o ropas, son sus disfraces.

Mírate en el espejo. Dibuja con tu mente líneas que poco a poco ocultan tu rostro como si fuera una malla. Siempre te escondes bajo una máscara, siempre te ocultas. Como cuando pones una mano sobre la otra para no verla. Ahora que sabes que todos llevamos una máscara, reconoce la que él lleva a cada momento: la del despecho, la del miedo, la sonrisa de la alegría o de la crueldad.

Recuerda cada detalle de cada momento compartido. Si se tocó el traje, el pelo, si jugó con su anillo. ¿En qué momento lo hizo? Adivinarás por qué.

Descubre cuándo se dilatan sus pupilas, cuándo su boca se entreabre y su piel es más tersa. Descubre sus momentos de belleza.

Al buscar entre sus motivos, distingue entre la verdad y tu obsesión. Tu orgullo te hace estar erguida en el centro, rodeada de muros, lejos de lo molesto. Te parece que él te mira mal, que se mueve por motivos inconfesables.

¿Hay algo que no rime? Puede que su ropa desmienta a su cuerpo, o que sus manos lleven la contraria a sus piernas, o que el color de sus ojos no haga juego con el color de su pelo.

Comprueba si eleva su nariz por encima de los demás, si te mira por encima del hombro, si cree que todo le señala como si él fuera el blanco de una diana. Comprueba si se mira a sí mismo a la menor ocasión, en los espejos, en el cristal del escaparate, en la pantalla.

Cuando hables, procura que cada palabra sea secretamente sobre él. El cuello no es un cuello, es su cuello. Unas manos son sus manos.

Cuando escribas su nombre, que cada trazo sea una parte de su cuerpo. Así, él estará presente en su nombre y le podrás ver desnudo en sus letras. Cuando digas su nombre, recuerda cómo antes lo desnudaste al escribirlo. Al pronunciarlo, se hará carne en tu boca.

Para hallar las palabras que mejor lo describan, lee poemas, lee las frases subrayadas en las hojas de tus libros favoritos. Aprende el verso, las palabras que te hacen pensar en él. Cuando él aparezca, recítalos en silencio, como ofrenda secreta.

Al igual que cubres las partes de tu cuerpo, no cuentes todo lo que te pasa. Oculta algún detalle, provoca la curiosidad en el que te escucha.

Cada vez que te hiera, imagina que un poderoso puño te golpeó en pleno corazón. En los casos más graves, no será un puño sino un puñal el que irá al pecho. Muéstrale la herida.

Ver a una mujer desnuda se penaba con la muerte. Durante quince días, guardarás tu desnudez como los alimentos se guardan en la despensa. Sé

cuidadosa. Cuando te vayas a desnudar, imagina que, si él es descubierto viéndote, tendrá que morir de una puñalada en el corazón. Si estás en la cama y él entra, cúbrete con la sábana. Pasados los quince días, llegará la época en la que serás su alimento. Hasta entonces, guardarás tu intimidad como el árbol guarda sus raíces en la tierra.

Tienes que liberar de su dominio un lugar de la casa. Prohíbele la entrada a un cuarto. Desde entonces, ese será tu camarín privado. Allí ocultarás lo que no quieres compartir, allí guardarás tus secretos, allí no entrarán cámaras ni testigos. Será una zona inviolable desde donde se podrá empezar una revolución.

Cuando crea que nadie le ve, sigue sus pasos. Merodea por sus dominios como un novicio, en silencio. Entreabre la puerta y apuéstate tras ella. Observa cómo es en la intimidad, cuando está solo y libre. Si se desnuda, lo hará de forma natural, como el animal que muda la piel. No lo hará para mostrarse ante ti. Con cada prenda que se quite, sentirás que una sorprendente historia se aproxima a su final. La distancia entre vosotros parece infinita porque no sabe que estás junto a él. La muralla de su fortaleza ha sido traspasada. Ahora sé prudente. Al verlo en su intimidad, debes tener compasión.

Al ser su amante, te has convertido en una cazadora. Seguirás su rastro, estarás al acecho. Las huellas que has de reconocer son los movimientos de su cuerpo, las marcas de su piel.

Deja huecos abiertos en tu ropa. Unas puertas que, dependiendo de la posición de sus ojos y tu cuerpo, se abran, dejando ver algo de tu piel, a través de los escotes, de los bajos de tu falda.

Estudia cómo se mueven los grandes felinos. Sus colmillos son clavos que se hunden en la carne. En los momentos de pasión, tus dientes son como uñas, y tus uñas son como dientes. Él es un domador que acerca su cabeza a las fauces de una fiera. Cuando estéis a solas, lucharás cuerpo a cuerpo.

Si lo sorprendes llorando, no lo interrumpas. Mira cómo su corazón se le va por los ojos. Quizás se estremezca al intentar tomar aire. No lo interrumpas.

Si te has portado mal, cubre tu cuerpo. Por un momento, esconde tus ojos tras las gafas, tu rostro tras la visera de un sombrero. Pero no te escondas para siempre. Acepta lo que eres, interpreta tu papel en el mundo. No te envuelvas en sombras, ni en la vergüenza. Como tu oreja encierra todo el ruido que te rodea, así aceptarás tu mundo, sin reservas.

Después de que haya pasado, recuerda: ¿casi se arrancó la ropa? ¿la tiró al suelo? ¿o se quitó las prendas como si fueran tiras de su piel, de forma lenta y delicada? ¿te tapaste los ojos, dejando un pequeño espacio entre tus dedos, como si miraras por una rendija? ¿notaste que así era más excitante verlo desnudo?

Mientras caen los segundos, los minutos, recuerda cómo él se desnudaba. El minuto que pasa es una de sus prendas que cae al suelo. Ofreces tus manos al sol y agradeces que vives.

Mira a izquierda y derecha. Imagina los edificios sin su fachada. Miles de cuerpos se apilan dentro. La suma de todos ellos es tu ciudad.

Con mirarte a los ojos, se puede adivinar tu futuro. El blanco alrededor de la pupila es el blanco alrededor del centro de la diana en la que clavar las predicciones. También, al ver tu forma de andar, se puede profetizar cual será tu camino en la vida. Mientras vas por la calle, intenta predecir tu porvenir. Recuerda los lugares a donde solías ir; si caminabas desgarbada o cimbreante; si tus pasos eran ligeros y grandes, o lentos y pequeños. Una vez que adivines el nombre, el pasado y el futuro de un desconocido tras echarle un vistazo a sus andares, también descifrarás tu vida, sabrás qué personaje o parte del paisaje eres. Para ello, practica mirando sin que te vean. Observa a los demás por la ventana, por la pantalla, pero sin que haya un cruce de miradas, un roce.

Practica tu imaginación contemplando una estatua. No veas su silueta, ni su parecido con las carnes que sirvieron de modelo. Piensa en cómo el artista rompió la piedra hasta crear cada detalle de la figura. Con el tiempo, verás que la superficie no es metal, o mineral, es una piel que encierra carne y huesos.

Al viajar, mira el paisaje. Los árboles, las montañas, el horizonte, son partes de su cuerpo. Denomina cada lugar querido con una parte de sus carnes. Muslos, pechos, hombros, pelo, ojos serán los sitios por los que pasas. Fíjate en cómo el clima cambia el paisaje. Así su cuerpo cambiará con su temperamento.

Halla un lugar desde donde contemplar su cama sin ser vista. Cuando veas que se tiende en ella, piensa en un árbol que cae y se queda ahí, con sus dos raíces al aire y sus dos ramas sobre la tierra.

Eres un monstruo. Una criatura única que debe ser mostrada para que los demás te admiren y te teman. Pero no debes ocultarte al sentirte culpable de no ser parecida. Al ser tan monstruosa, debes buscar un compañero tan extraordinario como tú.

Hazle fingir que su dormitorio es una celda. Haz que gima. Se abre la puerta. Eres tú, que le libras de las cadenas. Sois culpables de un delito. Os abrazáis y empezáis a planear la fuga.

Mira tu dormitorio. Ése es el interior de tu cuerpo, el alma escondida tras tus carnes. Lo que hay allí habla de tus deseos, de tus ideales, de tus pasiones secretas. Dile que dejarle entrar allí es una prueba de confianza absoluta.

Hoy, que no te bese. Que pose sus dedos sobre tus labios, y cuando estén húmedos, haz que él se lleve esos dedos a sus labios. Dejas que acaricie tu ropa, tu pelo, pero no le dejas ir más allá.

Te arrodillas. Él se acerca por la espalda. Te desnuda con cuidado, como si le quitara la piel a un animal. Dejas tus prendas caer y él te acaricia la piel descubierta. Ya tiene tus metales preciosos al alcance de sus manos. Los picos y los valles de tu cuerpo están a la luz del sol. Ahora le has mostrado la verdad desnuda, como cuando el árbol pierde sus hojas y deja su tronco y sus ramas a la vista. Tu boca se abre, como se abre la entrada a tu cámara privada.

Él se sorprende porque tu cuerpo es diferente al suyo. Creía que tú eras un hombre. Dile que te han castrado, dejándote una herida profunda. Cuando lo tienes enfrente tuya, su cuerpo es como el reflejo de tu cuerpo en el espejo.

Aunque no lo parezca, tú emites su figura. Sois las dos mitades de un mismo cuerpo. Cuando tiene tu carne en sus manos, cree que toca la verdad desnuda. Él atrae tu cuerpo a su pecho, pero sabes que no te tendrá toda, que siempre habrá un misterio que manchará la verdad.

No le quites la ropa. Mientras, tú, desnuda, le acaricias por encima de sus prendas.

Te sientas en la cama. Él pone su mano en tu hombro y hace que te tumbes. Cuando lo haga, piensa que eres un mapa que se abre a la vista. Él pasa un dedo por la silueta de tu figura. Dentro de ese diagrama que acaba de dibujar está toda la tierra y su contenido. Tu cuerpo es la imagen que resume el universo. Tu piel es arena y mar. Tu figura es el centro donde se refleja la humanidad.

Compara su cuerpo con lo que te rodea, con el resto del mundo. Su sexo es un fuerte tallo que crece del tronco de su cuerpo. El color de sus muslos es el de la luz del sol cuando quema las hojas del árbol. El brillo de sus ojos es el de la punta de un cuchillo. Poco a poco, verás despejarse una ardiente niebla de tu mirar. Ahora, varios colores nimban su figura, como los que rodean al sol o la luna cuando los cristales del frío cubren el cielo. Deseos, miedos y vértigo se van perdiendo. Él, un paisaje amado.

Su sexo, su pecho, su culo son copias de las obras de arte más primitivas. Como la hierba, la tierra y las nubes. Al hacer el camino del tiempo, el animal se convirtió en hombre, tras moldear sus formas como el carpintero trabaja la madera.

Acerca tu mirada a la suya. Mira de cerca su ojo hasta lograr ver tu rostro reflejado en su iris. Como una cometa que aparece de repente en el cielo, podrás ver lo que dicen sus ojos y, a la vez, te darás cuenta de cómo miras tú. Exploradora y explorador juntos en un vistazo.

Tienes los pechos al aire. Piensa en tu madre, en la que fue tu primer alimento. Acercabas la boca al pezón y te agarrabas al pecho, como un tigre que clava las garras en la presa. Tu madre te abrazaba como el pájaro que empolla sus huevos.

Tras una pasión, repasa su piel para encontrar las marcas que tus manos han hecho en su cuerpo.

Muéstrale una cicatriz. Cuando él la examine, cuenta cómo esa mancha del ayer se marcó para siempre firmando el pasado en tu piel. A su vez, cuando él te muestre su cicatriz, presiona con tus dedos alrededor de ella hasta que se eleve como una pequeña colina. Él te cuenta cómo esa mancha del pasado se marcó para siempre y tú cierras los ojos para imaginar lo que sucedió. Cuando ambos estéis en lo oscuro, y vuestras manos hagan una batida por las pieles, esas cicatrices serán vuestra contraseña.

Él te cuenta que una marca en su piel revela el origen noble de los suyos. Cuando reconozcan esa marca, podrá reclamar una fortuna que le fue arrebatada. Finges que también tienes otra igual que indica que estáis hechos para vivir juntos, por siempre. Él también puede fingir que su marca indica que ha cumplido una condena, que es un criminal.

Cuando se acaricie el vello del pecho, haz tú lo mismo. Al pasar tu palma sobre el corto pelo, notas que no es cuerpo refinado. Es basto y rudo, como un animal sin domesticar.

Pon tus dedos a la altura de los ojos. Retráelos como si fuera una garra. Ahora lo recuerdas. Eras un animal nacido en campo abierto, andabas al aire libre, indómito, violento y anormal. Lo habías olvidado. Si gastas todas tus fuerzas en el placer, el animal que eres se volverá salvaje y te perderás en la espesura.

Aprende a ver su cuerpo desnudo como si fuera el de un animal más. Como cuando el hombre andaba en su infancia, desnudo, descubriendo fuego, amor y crimen. Imagina que sois una gran tribu de dos, desnudos e inocentes, como los gatos y perros de la calle.

Abre una revista. Mira los cuerpos de las modelos, joyeros que encierran los valores del comercio. Todas las imágenes que ves te dicen que tu cuerpo es una fortuna a gastar, una cuenta en el banco, algo que vale su peso en oro. Te hacen creer que la vejez nos empobrece y nos angustia. A partir de este momento, no piensas que hacer el amor es cerrar un trato ni que la belleza es un valor con el que se comercia.

Él repasa con sus dedos las marcas que el cinturón, el sujetador o las medias han hecho en tu piel. Todas esas leves líneas, parecidas a las rayas de la palma de la mano, que pronto desaparecerán.

Marcarás su piel, como la lluvia marca el tejado y las piedras del camino marcan las suelas de los zapatos. Escribe tus deseos en la piel de su pecho, en la piel de sus muslos. Como el mensaje oculto de las negras alas de la urraca sobre la nieve, ahí están tus palabras para que sean leídas sólo por vosotros.

Le muestras tu cuello. Él te toca la yugular con sus dedos y siente tu pulso, cómo corre la sangre por dentro, cómo el corazón te bombea la vida. Luego, haz tú lo mismo con él.

Comparáis el color de vuestra piel. Averigua quién es más negro y quién más blanco. Perdéis el sentido del tiempo al ver cambiar el color de vuestras pieles según cae la luz del día sobre ellas.

Confía en él. Dejarás que su mano vague por las partes de tu cuerpo que él quiera tocar.

Tus manos circulan por tu propio cuerpo. Las caricias que te haces son una petición para que salga lo que tienes muy dentro, como la semilla que brota y se convierte en fruto. Así podrás conocerte por primera vez. Al repasarte la piel con los dedos, imagina que tocas una prenda de seda, de terciopelo, de muselina.

Cuando él te acaricie, piensa que sus manos son tus manos, que tú eres la que se pone la mano encima. Cuando te bese, piensa que sus labios son tus labios, que eres tú la que te das los besos. Ahora, estar con él es algo tan natural e íntimo como estar sola.

Cuando tengas la boca contra su carne piensa en alimentos: leche, pasteles, crema. Él es como un padre que da su carne para que coma su hija.

Cuando él duerma, acuéstate a su lado, sin tocarle. Siéntelo cerca. Cierra los ojos y sincroniza tu respiración con la suya. Sientes que caes, con la misma

facilidad con la que bajas tu brazo. Abre los ojos. Compara su figura con un paisaje. Los picos son montañas, las ramas de los árboles son su pelo.

Cuando estés desnuda ante él, nunca poses como una modelo frente al artista. Muévete como si creyeras que estás sola.

En la intimidad, mantén la calma. Que tu rostro parezca pintado o esculpido en la piedra. No dejes pasar ninguna muestra de excitación.

Él finge que es una estatua. Para fijar sus miembros, ha de pensar en todos los miedos que le han paralizado. Tú le pones las manos encima y cobra vida. Sus terrores se han ido y ya puedes abrazarle.

Te rodean vapores, alientos y perfumes, pero estás ciega porque no los hueles. Eres un árbol de ramas aún por crecer. Crees que con ver basta. Te olvidas de oler. Si las sensaciones pasan sólo por la vista, vivirás rodeada de perversión. Al estar tus ojos muy excitados, sentirás el mundo al revés.

Llévate los dedos a los ojos y ciérrate los párpados. Estás ciega y no ves lo que te rodea. Ahora te toca recordar cómo era su cuerpo sin tocarlo. Empezarás a ver sólo con tu nariz y tus manos.

Él no puede caminar y tienes que ayudarle a dar sus pasos. Apoyado en ti, ambos recorréis la habitación.

Cuando abraces su cuerpo, fantasea con que sois árboles que el viento no arrancará. Sois un sí, antes de la llegada del no de vuestra muerte.

Cuando poseas su cuerpo, llegarás al final del camino. Tendrás su esencia en las manos, pura, sin mezclar. Antes te sentabas en una silla que cojeaba, no estabas equilibrada.

Alinea tu mirada con el horizonte, descubre que él está en el centro de la línea del cielo.

Imagina que él se posa en un plato de una balanza y tú en el otro, y os abalanzáis hasta que el fiel marca el centro. Siéntete llena y, luego, vacía. Ahora coge su mano. Sostenla con la palma hacia arriba, hasta que esté en vertical. Pásale el dedo por la palma, sintiendo el equilibrio del momento.

Fantasea con que sois dos eslabones de una cadena, parte de un metal perpetuo que nos une a todos. Si formas parte de la cadena, sentirás que venciste a la muerte, que no te pudrirás como el resto.

Regala algo que no hayas comprado y que sea importante para ambos, como unas flores o algo de fruta que tengas en casa. Será una ofrenda que haces a tu amante, tu pequeño dios. Repite este rito cada cierto tiempo, si quieres comportarte con decoro frente a él.

Tras consumar el amor, observa tus ojos en el espejo. El brillo de tu mirada se parece al oro.

Finge que estás enferma. Tu brazo cae al suelo, a un lado de la cama. Eres incapaz de levantarlo, tienes los músculos y tendones relajados, sin fuerza alguna. Las ojeras cercan tus ojos. Tu piel, pálida. Tus movimientos, lentos. Si agotas el amor, enfermarás. Verás como las fuerzas te abandonan y te convertirás en una voz que se escucha cada vez más débil a medida que se aleja. No seas una víctima.

Si amas un cuerpo de mujer

Estás atrapado en una jaula sin compañero de celda. No tienes familia. Estás tan solo. Acércate al espejo. Enfrente ves a tu hijo. Por un momento, te olvidas de que se trata de tu reflejo. Dejas que tu mirada vague en círculos. Al estar en compañía de varios cuerpos, recuerda que son reflejos de espejos.

Ante el espejo, estudia tu cuerpo hasta que te parezca un ser extraño. Tu mirada es una flecha que se clava en los pliegues ocultos de tu hechura. No reconozcas tu reflejo, piensa que es otra persona que te gustaría conocer.

Un dedo entre los labios

un labio

Un dedo entra

un labio

Mira la comida en el plato. Los ingredientes que utilizaste se cocieron hasta convertirse en la sustancia de tu alimento. Siguen ahí, pero de otra forma. Así se mezclan mente y cuerpo. Somos cuerpo: una manera de hablar, de caminar, de mover las manos. Lo que pensamos, lo hacemos. Observa cómo tu espíritu se manifiesta a través de los brazos, de las piernas y de los ojos. Tu espíritu no está fuera de la carne.

Si quieres una imagen de tu espíritu, graba con tu cámara varias escenas. En una de ellas, te retuerces de dolor; en otra, bailas; en otra, besas. Al final, tendrás el retrato de tu alma. La figura en la pantalla te parecerá un extraño, como si alguien muy parecido a ti te imitara. Y es que, la imagen que tienes de ti suele ser una exageración, como el sol frente a la luna.

Acuérdate de las mujeres que tuviste y de las que quisiste tener. Enciérralas en el cuarto de tu imaginación. Sólo tú puedes traspasar la pequeña entrada. Todas tienen un mismo aire, como si formaran parte de una extraña familia. Aunque no lo parezca, hay algo que las une.

Al cruzar las piernas, siente la necesidad de estar con otros, de buscar otra mitad igual a ti, para enlazar tus miembros con los suyos hasta formar parte de un conjunto. Como tus piernas lo están ahora.

Frota tu cuerpo contra el suyo cuando ella se frote las palmas como si quisiera calentarse.

Toma prestada la foto de una desconocida. Viva o muerta, no importa. Intenta adivinar quién es, o fue, solamente con mirar su rostro, sus ojos, su figura. Enamórate de ella.

No te conformes con la fotografía de tu amada, ni con la imagen de su cuerpo desnudo. Es como mirar un cadáver lejano que no se mueve, ni se oye, ni

huele. Porque, así, ella no está contigo, aunque te lo parezca. No grabes para luego verla a solas. El vídeo imitará fiel tu objeto de deseo, pero ella nunca estará al alcance de tus manos. Como si intentaras abrazar a un fantasma, odiarás ver su imagen y no poder tocarla.

Tu imaginación debe ser tan poderosa como la de la infancia. Siente cómo su recuerdo nace en tu corazón y sigue hasta tu mente hasta proyectarse por tu frente. Ahora su recuerdo se ha moldeado como una estatua viva, aparece ante ti con todo detalle.

Abre su armario y huele sus ropas. Ponlas sobre tu pecho y pasa tus manos sobre ellas. Recuerda cómo cubrían su cuerpo. Al igual que su figura te cubría en el abrazo, ahora así te cubre su ropa. Deja sobre la cama su camisa, su falda, su ropa interior. Su cuerpo vuelve a llenar los pliegues vacíos de la ropa. Acerca tu mano a su camisa, su corazón está detrás de la tela, oyes su respiración. Ahí está el ser amado, encarnado en las ropas. Las vestiduras son parte de su cuerpo, piel que esconde otra piel. Y cuando la desnudes, debes tener cuidado, le estás quitando la piel a tiras.

Su cuerpo te dará pistas sobre quién es ella. Sus secretos se le escapan a cada paso que da. Cada postura, cada movimiento, le delata. Sus rasgos te escriben, te revelan un mensaje a descifrar. No te fijes en sus palabras o ropas, son sus disfraces.

Mírate en el espejo. Dibuja con tu mente líneas que poco a poco ocultan tu rostro como si fuera una malla. Te escondes bajo una máscara, como cuando pones una mano sobre otra para no verla. Ahora que sabes que todos llevamos una, reconoce la que ella lleva a cada momento: la del despecho, la del miedo, la sonrisa de la alegría o de la crueldad.

Recuerda cada detalle de cada momento compartido. Si se tocó el vestido, el pelo, si jugó con su anillo. ¿En qué momento lo hizo? Adivinarás por qué.

Descubre cuándo se dilatan sus pupilas, cuándo su boca se entreabre y su piel es más tersa. Descubre sus momentos de belleza.

¿Hay algo que no rime? Puede que su ropa desmienta a su cuerpo, o que sus manos lleven la contraria a sus piernas, o que el color de sus ojos no haga juego con el color de su pelo.

Comprueba si eleva su nariz por encima de los demás, si te mira por encima del hombro, si cree que todo le señala como si ella fuera el blanco de una diana. Comprueba si se mira a sí misma a la menor ocasión, en los espejos, en el cristal del escaparate, en la pantalla.

Cuando hables, procura que cada palabra sea secretamente sobre ella. El cuello no es un cuello, es su cuello. Unas manos son sus manos.

Cuando escribas su nombre, que cada trazo sea una parte de su cuerpo. Así, ella estará presente en su nombre y la podrás ver desnuda en sus letras. Cuando digas su nombre, recuerda cómo antes la dibujaste al escribirlo. Al pronunciarlo, se hará carne en tu boca.

Para hallar las palabras que mejor la describan, lee poemas, lee las frases subrayadas en las hojas de tus libros favoritos. Aprende el verso, las palabras que te hacen pensar en ella. Cuando ella aparezca, recítalos en silencio, como ofrenda secreta.

Cada vez que te hiera, imagina que un poderoso puño te golpeó en todo el corazón. En los casos más graves, no será un puño sino un puñal el que irá al pecho. Muéstrale la herida.

Ver a una mujer desnuda se penaba con la muerte. Durante quince días, ella guardará su desnudez como los alimentos se guardan en la despensa. Será cuidadosa. Cuando se vaya a desnudar, imaginará que, si eres descubierto viéndola, tendrás que morir de una puñalada en el corazón. Si está en la cama y tú entras, se cubrirá con la sábana. Pasados los quince días, llegará la época en la que será tu alimento. Hasta entonces, guardará su intimidad como el árbol guarda sus raíces en la tierra.

Tienes que liberar de su dominio un lugar de la casa. Prohíbele la entrada a un cuarto. Desde entonces, ese será tu camarín privado. Allí ocultarás lo que no quieres compartir, allí guardarás tus secretos, allí no entrarán cámaras ni

testigos. Será una zona inviolable desde donde se podrá empezar una revolución.

Cuando crea que nadie la ve, sigue sus pasos. Merodea por sus dominios como un novicio, en silencio. Entreabre la puerta y apuéstate tras ella. Observa cómo es en la intimidad, cuando está sola y libre. Si se desnuda, lo hará de forma natural, como el animal que muda la piel. No lo hará para mostrarse ante ti. Con cada prenda que se quite, sentirás que una sorprendente historia se aproxima a su final. La distancia entre vosotros parece infinita porque no sabe que estás junto a ella. La muralla de su fortaleza ha sido traspasada. Ahora sé prudente. Al verla en su intimidad, debes tener compasión.

Al ser su amante, te has convertido en un cazador. Seguirás su rastro, estarás al acecho. Las huellas que has de reconocer son los movimientos de su cuerpo, las marcas de su piel.

Ella deja huecos abiertos en su ropa. Unas puertas que, dependiendo de la posición de tus ojos y su cuerpo, se abren, dejando ver algo de su piel, a través de los escotes, de los bajos de su falda.

Estudia cómo se mueven los grandes felinos. Sus colmillos son clavos que se hunden en la carne. En los momentos de pasión, sus dientes son como uñas, y sus uñas son como dientes. Tú eres un domador que acerca su cabeza a las fauces de una fiera. Cuando estéis a solas, lucharás cuerpo a cuerpo.

Si la sorprendes llorando, no la interrumpas. Mira cómo su corazón se le va por los ojos. Quizás se estremezca al intentar tomar aire. No la interrumpas.

Si te has portado mal, cubre tu cuerpo. Por un momento, esconde tus ojos tras las gafas, tu rostro tras la visera de un sombrero. Pero no te escondas para siempre. Acepta lo que eres, interpreta tu papel en el mundo. No te envuelvas en sombras, ni en la vergüenza. Como tu oreja encierra todo el ruido que te rodea, así aceptarás tu mundo, sin reservas.

Después de que haya pasado, recuerda: ¿casi se arrancó la ropa? ¿la tiró al suelo? ¿o se quitó las prendas como si fueran tiras de su piel, de forma lenta y delicada?

Mira a izquierda y derecha. Imagina los edificios sin su fachada. Miles de cuerpos se apilan dentro. La suma de todos ellos es tu ciudad.

Con mirarte a los ojos, se puede adivinar tu futuro. El blanco alrededor de la pupila es el blanco alrededor del centro de la diana en la que clavar las predicciones. También, al ver tu forma de andar, se puede profetizar cual será tu camino en la vida. Mientras vas por la calle, intenta predecir tu porvenir. Recuerda los lugares a donde solías ir; si caminabas desgarbado o recio; si tus pasos eran ligeros y grandes, o lentos y pequeños. Una vez que adivines el nombre, el pasado y el futuro de un desconocido tras echarle un vistazo a sus andares, también descifrarás tu vida, sabrás qué personaje o parte del paisaje eres. Para ello, practica mirando sin que te vean. Observa a los demás por la ventana, por la pantalla, pero sin que haya un cruce de miradas, un roce.

Practica tu imaginación contemplando una estatua. No veas su silueta, su parecido con las carnes que sirvieron de modelo. Piensa en cómo el artista rompió la piedra hasta crear cada detalle de la figura. Con el tiempo, verás que la superficie no es metal, o mineral, es una piel que encierra carne y huesos.

Al viajar, mira el paisaje. Los árboles, las montañas, el horizonte, son partes de su cuerpo. Denomina cada lugar querido con una parte de sus carnes. Muslos, pechos, hombros, pelo y ojos serán los sitios por los que pasas. Fíjate en cómo el clima cambia el paisaje. Así su cuerpo cambiará con su temperamento.

Halla un lugar desde donde contemplar su cama sin ser visto. Cuando veas que se tiende en ella, piensa en un árbol que cae y se queda ahí, con sus dos raíces al aire y sus dos ramas sobre la tierra.

Eres un monstruo. Una criatura única que debe ser mostrada para que los demás te admiren y te teman. Pero no debes ocultarte al sentirte culpable de no ser parecido. Al ser tan monstruoso, debes buscar un compañero tan extraordinario como tú.

Ella finge que tu dormitorio es una celda. Te hace gemir. Se abre la puerta. Es ella, que te libra de las cadenas. Sois culpables de un delito. Os abrazáis y empezáis a planear la fuga.

Mira tu dormitorio. Ése es el interior de tu cuerpo, el alma escondida tras tus carnes. Lo que hay allí habla de tus deseos, de tus ideales, de tus pasiones secretas. Dile que dejarle entrar allí es una prueba de confianza absoluta.

Hoy, no te besa. Deja que poses tus dedos sobre sus labios, y cuando están húmedos, hace que te lleves esos dedos a tus propios labios. Deja que acaricies su ropa, su pelo, pero no te deja ir más allá.

Se arrodilla. Tú te acercas por la espalda. La desnudas con cuidado, como si le quitaras la piel a un animal. Deja sus prendas cerca y le acaricias la piel descubierta. Ya tienes sus metales preciosos al alcance de tus manos. Los picos y los valles de su cuerpo están a la luz del sol. Ahora te ha mostrado la verdad desnuda, como cuando el árbol pierde sus hojas y deja su tronco y sus ramas a la vista. Su boca se abre, como se abre la entrada a su cámara privada.

Te sorprendes porque su cuerpo es diferente al tuyo. Creías que ella era un hombre. Te dice que le han castrado, dejándole una herida profunda. Cuando la tienes enfrente tuya, su cuerpo es como el reflejo de tu cuerpo en el espejo. Aunque no lo parezca, tú emites su figura. Sois las dos mitades de un mismo cuerpo. Cuando tienes su carne en tus manos, crees que tocas la verdad desnuda. Atraes su cuerpo a tu pecho, pero sabes que no la tendrás toda, que siempre habrá un misterio que manchará la verdad.

No te quita la ropa. Mientras, ella, desnuda, te acaricia por encima de tus prendas.

Te sientas en la cama. Pones tu mano en su hombro y haces que se tumbe. Cuando lo hace, ella piensa que es un mapa que se abre a la vista. Pasas un dedo por la silueta de su figura. Dentro de ese diagrama que acabas de dibujar está toda la tierra y su contenido. Su cuerpo es la imagen que resume el universo. Su piel es arena y mar. Su figura es el centro en donde se refleja la humanidad.

Su sexo, su pecho, su culo son copias de las obras de arte más primitivas. Como la hierba, la tierra y las nubes.

Acerca tu mirada a la suya. Mira de cerca su ojo hasta lograr ver tu rostro reflejado en su iris. Como una cometa que aparece de repente en el cielo, podrás ver lo que dicen sus ojos y, a la vez, te darás cuenta de cómo miras tú. Exploradora y explorador juntos en un vistazo.

Ella tiene los pechos al aire. Piensa en su madre, en la que fue su primer alimento. Acercaba la boca al pezón y se agarraba al pecho, como un tigre que clava las garras en la presa. Su madre la abrazaba como el pájaro que empolla sus huevos.

Tras una pasión, repasa su piel para encontrar las marcas que tus manos han hecho en su cuerpo.

Ella te muestra una cicatriz. Cuando la examinas, te cuenta cómo esa mancha del ayer se marcó para siempre firmando el pasado en su piel. A su vez, tú le muestras tu cicatriz, y ella presiona con sus dedos alrededor de ella hasta que se eleva como una pequeña colina. Le cuentas cómo esa mancha del pasado se marcó para siempre y ella cierra los ojos para imaginar lo que sucedió. Cuando ambos estéis en lo oscuro, y vuestras manos hagan una batida por las pieles, esas cicatrices serán vuestra contraseña.

Le cuentas que una marca en tu piel revela el origen noble de los tuyos. Cuando reconozcan esa marca, podrás reclamar una fortuna que te fue arrebatada. Ella finge que también tiene otra igual que indica que estáis hechos para vivir juntos, por siempre. También puedes fingir que tu marca indica que has cumplido una condena. Eres un criminal.

Cuando te acaricias el vello del pecho, ella hace lo mismo. Al pasar su palma sobre el corto pelo, nota que no tienes un cuerpo refinado. Eres basto y rudo, como un animal sin domesticar.

Pon tus dedos a la altura de los ojos. Retráelos como si fuera una garra. Ahora lo recuerdas. Eras un animal nacido en campo abierto, andabas al aire libre,

indómito, violento y anormal. Lo habías olvidado. Si gastas todas tus fuerzas en el placer, el animal que eres se volverá salvaje y te perderás en la espesura.

Aprende a ver su cuerpo desnudo como si fuera el de un animal más. Como cuando el hombre andaba en su infancia, desnudo, descubriendo fuego, amor y crimen.

Repasas con tus dedos las marcas que el cinturón, el sujetador o las medias han hecho en su piel. Todas esas leves líneas, parecidas a las rayas de la palma de la mano, que pronto desaparecerán.

Marcarás su piel, como la lluvia marca el tejado y las piedras del camino marcan las suelas de los zapatos. Escribe tus deseos en la piel de su pecho, en la piel de sus muslos. Como el mensaje oculto de las negras alas de la urraca sobre la nieve, ahí están tus palabras para que sean leídas sólo por vosotros.

Te muestra su cuello. Le tocas la yugular con tus dedos y sientes su pulso, cómo corre la sangre por dentro, cómo el corazón le bombea la vida. Luego, ella hace lo mismo contigo.

Cuando ella te acaricie, piensa que sus manos son tus manos, que tú eres el que se pone la mano encima. Cuando te bese, piensa que sus labios son tus labios, que eres tú el que te das los besos. Ahora, estar con ella es algo tan natural e íntimo como estar solo.

Cuando tengas la boca contra su carne piensa en alimentos: leche, pasteles, crema. Eres como un padre que da su carne para que su hija coma.

Cuando duermas, ella se acuesta a tu lado, sin tocarte. Te siente cerca. Cierras los ojos y sincronizas tu respiración con la suya. Sientes que caes, con la misma facilidad con la que bajas tu brazo. Abre los ojos. Compara su figura con un paisaje. Los picos son montañas, las ramas de los árboles son su pelo.

En la intimidad, mantén la calma. Que tu rostro parezca pintado o esculpido en la piedra. No dejes pasar ninguna muestra de excitación.

Finges que eres una estatua. Para fijar sus miembros, has de pensar en todos los miedos que te han paralizado. Ella te pone las manos encima y cobras vida. Tus terrores se han ido y ya puedes abrazarla.

Te rodean vapores, alientos y perfumes, pero estás ciego porque no los hueles. Eres un árbol de ramas aún por crecer. Crees que con ver basta. Te olvidas de oler. Si las sensaciones pasan sólo por la vista vivirás rodeado de perversión. Al estar tus ojos muy excitados, sentirás el mundo al revés.

Llévate los dedos a los ojos y ciérrate los párpados. Estás ciego y no ves lo que te rodea. Ahora te toca recordar cómo era su cuerpo sin tocarlo. Empezarás a ver sólo con tu nariz y tus manos.

No puedes caminar y ella tiene que ayudarte a dar tus pasos. Apoyada en ti, ambos recorréis la habitación.

Cuando abraces su cuerpo, fantasea con que sois árboles que el viento no arrancará. Sois un sí, antes de la llegada del no de vuestra muerte.

Cuando poseas su cuerpo, llegarás al final del camino. Tendrás su esencia en las manos, pura, sin mezclar. Antes te sentabas en una silla que cojeaba, no estabas equilibrado.

Alinea tu mirada con el horizonte, descubre que ella está en el centro de la línea del cielo.

Imagina que ella se posa en un plato de una balanza y tú en el otro, y os abalanzáis hasta que el fiel marca el centro. Siéntete lleno y, luego, vacío. Ahora coge su mano. Sostenla con la palma hacia arriba, hasta que esté en vertical. Pásale el dedo por la palma, sintiendo el equilibrio del momento.

Fantasea con que sois dos eslabones de una cadena, parte de un metal perpetuo que nos une a todos. Si formas parte de la cadena, sentirás que venciste a la muerte, que no te pudrirás como el resto.

Regala algo que no hayas comprado y que sea importante para ambos, como unas flores o algo de fruta que tengas en casa. Será una ofrenda que haces a tu amante, tu pequeña diosa. Repite este rito cada cierto tiempo, si quieres comportarte con decoro frente a ella.

Tras consumar el amor, observa tus ojos en el espejo. El brillo de tu mirada se parece al oro.

Finge que estás enfermo. Tu brazo cae al suelo, a un lado de la cama. Eres incapaz de levantarlo, tienes los músculos y tendones relajados, sin fuerza alguna. Las ojeras cercan tus ojos. Tu piel, pálida. Tus movimientos, lentos. Si agotas el amor, enfermarás. Verás como las fuerzas te abandonan y te convertirás en una voz que se escucha cada vez más débil a medida que se aleja. No seas una víctima.